

La Estrella del Occidente

Salimos con un tiempo hermosísimo que en nada podía inspirar la idea de las borrascas que se desatan en el mar de las Antillas al tiempo de los equinoccios. Al pasar al costado de la fragata capitana del escuadrón de los Estados Unidos en esas aguas vimos que todos los jefes y oficiales se hallaban sobre el castillo de popa; la banda de música tocaba sobre la cubierta un himno nacional y la tripulación se agrupaba en las escalas y las vergas. Se diría que el buque era un hermoso monumento de ébano incrustado de bronce por encima del cual se extendía el trémulo manto de una hiedra movable y frondosa. Un “¡hurra!” universal tres veces repetido nos saludó al pasar. A bordo de nuestro vapor el mismo clamor respondió al de los marinos; todas las señoras agitaron sus pañuelos inclinados sobre la borda y los extranjeros descubrimos respetuosamente nuestra cabeza.

Hay algo de solemne en esa aclamación de mil hombres que se encuentran por un momento lejos de su patria, en la inmensidad del océano, y que se separan en persecución de un porvenir que ninguno conoce y contra cuyas vicisitudes parecen sentir los hombres por instinto la necesidad de animarse unos a otros. Así, aquel “¡hurra!” se traducía en mi pensamiento no sólo como un saludo que encerraba una memoria de la patria, sino como un estímulo al valor, como un grito de confianza en lo futuro destinado a adormecer esa especie de vago presentimiento que se agita en el fondo del corazón de cada hombre.

Poco a poco los ecos de la música se perdieron en la distancia, las costas se borraron en el horizonte y el vapor empezó a moverse rápidamente sobre una superficie menos igual que la del Pacífico. Los copos de espuma comenzaron a blanquear por intervalos sobre las olas y se multiplicaron enseguida formando un velo resplandeciente debajo del cual se divisaba por algunos puntos el azul oscuro de las aguas.

Así continuamos por dos días durante los cuales contraí mi atención a observar el conjunto de los pasajeros a fin de formarme alguna idea del pueblo que debía visitar. Una circunstancia casual me permitió entrar en la inmediatez de todos, es decir, de los habitantes de la primera y segunda cámaras, que es como si se dijera la aristocracia y la democracia de la pequeña población flotante. Al llegar a Aspinwal yo había tomado un camarote de primera clase pensando que para adquirirlo bastaba haberlo pagado; pero, tan luego como llegaron los viajeros procedentes de California se me hizo saber, por medio del contador, que todos los camarotes de primera clase estaban tomados desde San Francisco y, por consiguiente, me encontré confinado en la segunda cámara después de haber recibido la diferencia del precio. Sin embargo, el capitán del vapor, Mr. Gray, habiendo sabido que yo viajaba en comisión del gobierno del Perú, tuvo la atención de enviarme un *ticket* numerado para que ocupase el asiento respectivo en la mesa de pasajeros de primera clase. Gracias a la galantería de ese caballero tuve, pues, la oportunidad de observar a unos y otros.

El “Star of the West” no es, a pesar de su poético nombre (Estrella del Occidente) el objeto más a propósito para desprender la imaginación de las miserias y la prosa de este mundo. Una economía perfecta ha presidido la construcción del buque; esto se revela en todos sus detalles sin que por esto sea justo acusar el aseo ni el servicio que, sin embargo, son bastante inferiores a los de los vapores de la línea entre Panamá, el Callao y Valparaíso. Pero un número de viajeros tan considerable como el que transita entre la América occidental y Nueva York bien merece mayores comodidades y un trato más liberal que los que le ofrecen los dueños de la línea de que forma parte el “Star of the West”.

Éramos cerca de 400 pasajeros en ambas cámaras y más de 100 en la proa. De manera que estos 500 hombres se hallaban agrupados en un pequeño vapor, poco más o menos como los cigarros de La Habana dentro de su cajilla.

Sobre la cubierta un hombre casi anciano aunque robusto, de fisonomía grave sencilla y vestido modestamente, leía por largas horas un libro sin prestar atención al movimiento continuo y a la conversación, muchas veces bulliciosa, de los pasajeros que parecían no preocuparse por su presencia. Ese hombre era un senador de los Estados Unidos y se dirigía al Capitolio de Washington.

A pocos pasos de él un individuo, que ostentaba un enorme diamante sobre una camisa de dudosa limpieza, y que hacía dar vueltas en

su mano una cartera algo voluminosa, formaba el centro de un corrillo que parecía oír con respetuosa complacencia las palabras que él pronunciaba con notable acento de seguridad y con una marcada satisfacción de sí mismo.

Este personaje era un especulador de bolsa que disertaba, según me dijeron, sobre el movimiento religioso de Nueva York y sobre materias de educación y beneficencia pública.

A corta distancia de éste, un gran grupo rodeaba a una especie de gigante pálido y macilento cuya cara casi desaparecía bajo un espeso marco de barbas y cuya voz salía fatigosamente de su garganta. Era un soldado de Walker quien recitaba sus aventuras y regresaba a Mobile llevando por todo trofeo de la expedición una bolsa vacía y una herida recientemente cerrada.

Más allá otro círculo se entretenía en hacer sonar una vihuela que pasando frecuentemente de unas manos a otras servía para entonar y acompañar canciones españolas, francesas, alemanes e inglesas. Allí los más eran sudamericanos; pero los otros, aunque generalmente ignorando el español, habían acudido en busca de la música, ese lenguaje universal, y gozaban al recordar las canciones de sus respectivos países, esa embriaguez sin nombre que producen los recuerdos de la patria distante y de los años de felicidades huidos.

En el extremo opuesto un joven marinero, de frente espaciosa y de mirada inteligente y firme, contemplaba en silencio con una obstinación extraña la figura grave y respetable del senador, mientras limpiaba maquinalmente el pasamano de una escala. El joven marinero, ¿no será senador un día?

En estos grupos circulaban, además, algunos hombres que no me sería fácil describir, según era de ambigua la significación de su fisonomía y trajes, éste ofreciendo boletos para un ferrocarril, aquél para un vapor del Hudson o de Misisipi, el otro vendiendo un sombrero de paja de Guayaquil y el de más allá solicitando una plaza de *cicerone*, guía o intérprete.

Añádase a todo esto un *sans-facon* indescriptible, una especie de familiaridad saturada de un gusto más que democrático, una variedad infinita de posturas, movimientos y colores, y se tendrá una idea aproximada del cuadro que ofrecía la cubierta. Apenas quedaba espacio para moverse.

De la segunda cámara tengo apenas un recuerdo indistinto y confuso como el de una pesadilla. Un recinto oscuro, estrecho, irregular, fla-

queado por tres pisos de colchones, dispuestos con más estrechez que las celdas de nuestros hospitales, lleno de una atmósfera pesada, sofocante, impregnada de emanaciones fétidas, ocupada por un hacinamiento de hombres muchos de los cuales, sin la menor duda, habrían olvidado la existencia del agua si no fuese por la necesidad de beberla; un todo, en fin, menos espantoso pero más digno de evitarse que el infierno de Dante. Tal es lo que recuerdo de la segunda cámara.

Yo tomé mi partido inmediatamente y me resolví a pasar las noches sobre los bancos de la cubierta que me sirvieron de lecho hasta llegar a Nueva York, a pesar del viento y del agua que cayó sobre mí durante las noches de mal tiempo.

Yo no había tenido la precaución de llevar conmigo libro alguno, de modo que para pasar mi tiempo tenía que apelar a mi memoria y despertar los recuerdos de mis antiguas lecturas sobre la América, especialmente sobre la porción que en esos momentos recorría; o solía entretenerme conversando con uno de los pasajeros que de vez en cuando venía a hacerme preguntas sobre el guano de Chíncha y los bosques del Amazonas.

Atravesábamos el mar de las Antillas de Sur a Norte. Al Este quedaba el numeroso archipiélago de las Antillas menores; hacia el norte teníamos a Cuba y Santo Domingo; al Oeste las costas de Centroamérica y de la República de México. ¡Cuántas memorias surgían de todos los puntos del horizonte!

Me parecía ver la canoa construida de un enorme tronco de árbol, como algunas que se ven en la bahía de Panamá, a cuyo bordo se aventuraban 20 hombres, hace dos siglos, para apresar un buque español cargado de valiosas mercaderías. Era la primera tentativa de los filibusteros: esos intrépidos piratas que empezaron por ocupar la pequeña isla de La Tortuga, se repartieron entre el cultivo del suelo y las expediciones marítimas contra los establecimientos del litoral de tierra firme y, pasando de una a otra maravilla de audacia y temeridad, acabaron por batir flotas y tomar por asalto fortalezas, como la de Cartagena de Indias. En otro lado estaban los caribes que han dado su nombre a aquel mar y cuyos horribles festines de carne humana espantan la imaginación.

Santo Domingo, con su población negra y mixta, ocupada alternativamente por los franceses y los ingleses, teatro de una guerra tenaz, cruel e implacable,¹⁶ y emancipada al fin por sus propios esfuerzos contra la

¹⁶ Un episodio de esta guerra forma el argumento de la interesante novela de Víctor Hugo titulada *Bug-Jargal*.

Despajes de escritas estas páginas, Santa Domingo ha sido teatro de dos revoluciones: la primera derribó la farsa monárquica de Solouque y la segunda ha introducido la dominación

voluntad y el poder de la Francia. En esa pequeña isla una monarquía y una república se dividen desde entonces el dominio del territorio; hay allí Majestades en un lado y Excelencias en el otro, ni más ni menos que en la Inglaterra y en los Estados Unidos. El drama político del mundo tiene también su *peti-pieza*.

Estos recuerdos entreteniéndome la actividad del espíritu hacían más soportable la monotonía del viaje, que por entonces fue interrumpida una sola vez.

La brisa había cesado enteramente: el océano se extendía unido y terso como un espejo hasta los límites del horizonte; el cielo estaba despejado y sin una sola nube, todos los pasajeros nos sentíamos animados y alegres al contemplar ese hermoso día. De repente el vapor detuvo su marcha y permaneció inmóvil por algunos minutos. Excitados por la sorpresa y la curiosidad nos dirigimos hacia la proa y vimos una de las escenas más solemnes que puede presenciar el hombre. Allí sobre el océano, y bajo la inmensidad del firmamento, un pasajero que acababa de morir yacía envuelto en la bandera de su patria, como si ésta fuese una madre sublime o una segunda Providencia que extendía hasta el sepulcro su solícito amparo por uno de sus hijos. A su cabecera un sacerdote recitaba gravemente sus preces, mientras 500 hombres con la cabeza descubierta y sumergidos en un silencio profundo asistían a ese sencillo e imponente funeral. Al fin, terminadas las oraciones, se hizo deslizarse el cadáver fuera de la borda; el agua herida por él se cubrió de espuma, hirvió por algunos segundos, y un momento después todo había desaparecido.

El día anterior habíamos pasado a la vista de la isla *Old Providence*.

española en la isla. En el lugar correspondiente se hallarán algunas observaciones sobre esta materia.